

En un Suez imaginado. Vida y obra de José de Castro y Serrano

Mohamed Mahmoud Abdelkader y Óscar Barrero Pérez

En las siguientes páginas se abordará la biografía del interesante escritor José de Castro y Serrano. Nació en Granada en 1829 y murió en Madrid el 1 de febrero de 1896. Era un hombre humanista, moralista y de buen gusto literario. En su vida no hay lances novelescos, ni episodios dramáticos, de manera que su existencia parecía una llanura sin grandes ondulaciones ni altibajos.

José de Castro y Serrano formó parte de la “Cuerda granadina”. Son muchas sus colaboraciones en la prensa de la época, entre las que destacamos las de la *Ilustración Española y Americana* o *El Occidente*. En 1889 ingresa en la Academia Española de la Lengua. También perteneció a la sección de música de la Academia de San Fernando. Fue autor de varias obras, entre las que cabe citar *Cartas trascendentales*, *Los cuartetos del conservatorio*, *La novela de Egipto* e *Historias vulgares*. Su género predilecto es la crónica. De hecho, *La novela de Egipto* es una obra compuesta de las crónicas publicadas en *La Época* con motivo de la inauguración del canal de Suez en 1869, a la que se suponía que asistió, aunque fueron escritas desde Madrid a partir de las notas que le enviaba la hija de Pascual Gayangos.¹

Castro y Serrano fue, a lo largo de su vida, un hombre bastante metódico y muy ordenado; se cuenta que en su despacho no había ni libro, ni pluma ni tintero, ni tan siquiera carta que no estuviesen en su lugar; así que cada objeto ocupaba su propio sitio, como figuras de ajedrez en el tablero antes de empezar la partida. De este escritor egipcianista sabemos que su letra era clarísima, aunque no hermosa, pero sus ideas estaban perfectamente clasificadas en su cerebro, como los objetos de su escritorio; su prosa correcta, precisa, castiza, brotaba de su pluma sin interrupciones, como manantial que mana sin exceso ni violencia, pero límpido, cristalino y transparente. Y sobre su relación con los demás, Alfredo Escobar nos cuenta que:

El alma de Castro y Serrano fue siempre joven. De aquí las simpatías que tenía entre la juventud. Nadie como él, entre los mejores de la literatura, para alentar a los principiantes. Los jóvenes salían encantados de la casa de aquel anciano de blancos cabellos, bajo los cuales se albergaba una inteligencia vigorosa que el tiempo no logró nunca ni debilitar ni envejecer. Lo que practicaba, eso aconsejaba. “Sobre todo —solía decir hablando del arte de escribir la claridad—: mucha gramática y mucho Diccionario”. Convencido de la verdad de lo que decía, no abandonaba nunca el léxico de la lengua. Cuando viajaba lo llevaba siempre en su maleta. Muchas veces decía que hasta para escribir una carta debía consultarse el Diccionario.²

Como Castro y Serrano era un hombre exageradamente metódico y puntual, su vida consistía en una repetición de los mismos actos. Se cuenta que todos los días y a la misma hora, repetía las mismas cosas; por ello su íntimo amigo Alfredo Escobar lo asemeja al gran filósofo Kant:

Refieren los biógrafos de Kant que de tal manera era proverbial en Königsberg la exactitud del filósofo, que cuando los vecinos de su calle le veían entrar en casa, decían: "Tal hora es en punto". Así era Castro y Serrano; lo mismo hubiesen podido decir los vecinos de la calle de la Libertad.

Quien una vez le vio en su despacho de la citada calle, en la cual vivió durante muchos años, sentado junto al balcón, detrás de su mesa rodeada de faldillas de lana, bajo las cuales ardía en el invierno abundante brasero, calados sus anteojos sobre su aguileña nariz, ante un pupitre levemente inclinado, cercado de libros puestos al alcance de su mano... bien podía asegurar que si mil veces entraba en el cuarto del eminente escritor, otras tantas había de encontrarle en la misma postura y rodeado de los mismos objetos. Si el orden puede, en algún caso, ser calificado de pasión, Castro y Serrano tenía la pasión del orden.³

José de Castro y Serrano había conservado en el ingenio el ardor juvenil, sin que en la conversación llena de enseñanzas ni en el estilo gallardísimo de sus páginas se hubiera aún podido descubrir que los años habían pasado para el autor de *La novela del Egipto*. Joven perenne, este anciano vivía en el perdurable amor de los ideales, satisfecho en sus ambiciones, que habían sido siempre inferiores a sus méritos, y ajeno a las odiosas luchas por un más allá nunca conseguido. Castro y Serrano despreció las vanidades oficiales, que estimaba en lo que son: "el capricho de un poderoso y la debilidad de un hombre de mérito, cuando no son un alarde de la arbitrariedad de la real orden ejercida sobre la insignificancia de una nulidad".⁴

José de Castro y Serrano estudió en la Facultad de Medicina, donde se licenció. Se dedicó luego a las letras, abandonando la terapéutica por la poesía, Galeno por Homero y los hospitales por el cenáculo de bohemios en el que vivían Manuel Fernández y González, Manuel del Palacio y los demás jóvenes ilustres que constituyeron la llamada "cuerda granadina", pléyade de ingenios que derramaron luces de arte sobre una sociedad agitada por guerras, motines y revoluciones. Castro y Serrano tiene en su vida un rasgo característico: el desdén hacia las posiciones oficiales. Pudo ocuparlas elevadas, pudo ir a las Cámaras, pudo conseguir los favores del poder; pero no los quiso. Vivió la mayor parte de sus años en la modesta soledad del escritor; pobre, honrado, ajeno a todo estímulo egoísta, cultivando el arte sin ocuparse de obtener el premio de su trabajo. Era el consejero amable y bondadoso de todo escritor joven que acudía a pedirle guía y ayuda. Allí donde veía que un aprendiz se afanaba por buscar apoyo y amparo, acudía por propia y espontánea inclinación de su ser, propenso siempre a las acciones generosas y desinteresadas. Más de un escritor de los que acompañaron al cementerio de San Lorenzo el cadáver de José de Castro y Serrano recordó con gratitud una carta del sabio literato, recibida en los días de duda, cuando su primera producción salió a la vida pública sin los auxilios de influencia alguna y sin ninguna esperanza de éxito. En aquellos días que deciden el porvenir de un hombre, Castro y Serrano bajaba de la honrada y dignísima jerarquía en que sus escritos le habían colocado para infundir aliento al neófito, y sus conversaciones eran base de entusiasmo, sus consejos norma entre las tenebrosidades del horizonte, y su ejemplo dechado admirable que imitar.⁵

La vida pública de Castro y Serrano como escritor era muy conocida por todos. En cuanto a su vida privada, era un hombre reservadísimo, de modo que jamás se le oía hablar de sí mismo: guardaba sus afectos, sus tristezas, sus recuerdos y sus esperanzas en lo más hondo de su alma. Castro y Serrano mostraba siempre mucha preocupación por los asuntos de las demás personas: el “yo” no existía para él, tanto en sus conversaciones como en sus escritos. En vano fueron los furtivos intentos de algunos de sus curiosos amigos, que querían a toda costa descubrir el tabú o rasgar el velo que envolvía su vida íntima. Este ilustre escritor se mantuvo toda su vida soltero, pero en ningún momento fue un solitario. Todo lo contrario: era un hombre muy sociable y se relacionaba con gente de la élite dentro la sociedad española, en la que disfrutaba de un gran prestigio. Sin embargo, el diccionario de su vida carecía de una sola página de amor; ni siquiera hemos podido averiguar si existía un recuerdo sentimental que iluminara las doradas mañanas de la vida de nuestro singular autor... ¿Podrían ser algunas de las historias amorosas narradas por él las suyas propias?

Castro y Serrano era un hombre dotado de un espíritu muy observador y de una aguda memoria. También era una crónica viva o, más bien, un registro minucioso e interesante de los acontecimientos más importantes y curiosos de su época: su manera de hablar y sus conversaciones tenían un singular encanto, pues cuanto él decía era verdadero. Era metódico y muy cariñoso, muy educado y respetuoso con los demás. Así, cuando oía a alguien contar sucesos de actualidad, una historia o una anécdota curiosa, dejaba que el narrador acabase su relato y entonces, siempre en medio de la mayor expectación, con voz reposada y con ingeniosa finura, rectificaba los errores de la narración anterior, dándole interés, y convirtiéndola finalmente en un cuento, sin añadir, por supuesto, ningún rasgo inventado. Sin embargo, a veces era irónico, pero de ninguna manera llegaba a ser maldiciente; se deslizaba siempre en su conversación una agudísima sátira, pero nunca se le oía pronunciar palabras bruscas ni decir frases atrevidas.

De Castro y Serrano gozaba de una capacidad especial para los cuentos, de modo que tenía siempre alguno oportuno para cada situación, y los contaba de una forma difícil de imitar, con un gracejo puramente andaluz que nadie podía disputar. Precisamente por eso sus cuentos tenían un especial encanto y muchos admiradores. Era un hombre conservador pero nunca fue militante de partido alguno, ni mucho menos le entusiasmaba la política. En definitiva, Castro y Serrano era un exactísimo cumplidor de sus deberes. A esto se refiere el periódico *La Ilustración Española y Americana*:

La Restauración fue ingrata con él... Ni siquiera le hizo diputado. Tampoco le fue fácil entrar en la Academia. Un novelista insigne, gloria de las letras patrias, su amigo primero, su enemigo después, opúsole verdaderos obstáculos que retardaron la entrada de Castro en la docta Corporación. Sin embargo, su mérito triunfó por esta vez, y de él no se puede decir lo que de un escritor francés dijo otro al escribir la necrología del primero: “¡Ni siquiera fue académico!”.⁶

De Castro y Serrano es autor de las siguientes obras: *El marido de la condesa*, novela que apareció en el *Álbum granadino* en el año 1856; *La cura de los deseos*, Madrid, Fontanet, 1862; *Cartas trascendentales escritas a un amigo de confianza*, Madrid, Fontanet, 1862-1865; *La novela del Egipto; viaje imaginario a la apertura del canal de Suez*, Madrid, Fontanet, 1870. Nuestro autor escribió también *Historias vulgares*, Madrid, Fontanet, 1887. De Castro y Serrano era un moralista porque la mayoría de

sus relatos y ensayos se caracterizan por un tono moralizante y generalmente sus obras están impregnadas de una cierta dosis de humanismo.

Maravilla cómo puede el autor de *Las Historias vulgares* convertir una escena prosaica en un hogar en el que se cuece el clásico puchero de garbanzos o un héroe que alisa tablas y una heroína que remienda pantalones en una obra literaria sonriente por fuera, pero grave y meditativa por dentro, núcleo de hondas reflexiones sociales, cuando no clave de dramáticos problemas.

El propio De Castro y Serrano se ve añorándose a sí mismo, como si estuviera presintiendo la proximidad del final de sus días, cuando hilvana las siguientes palabras en *Las Estanqueras*:

¡Duerme en paz, pobre joven, en esa fosa común, donde descansan los muertos desconocidos y donde todas las desdichas humanas encuentran fin! ¡Las lágrimas de las pobres estanqueras de San Fernando, y las que en este instante arrasan los ojos de cuantos leen esta tu verídica historia, son tu sufragio religioso, tu glorificación humana y las flores para la corona de tu martirio!⁷

El origen de las misteriosas *Cartas del Egipto* aparecidas en *La Época* en 1869

Las Cartas del Egipto aparecidas en el periódico *La Época* formaron *La novela del Egipto*. Esta obra es una interesante narración que está basada en unas cartas aparecidas en el periódico *La Época* en 1869, cartas que fueron escritas por el propio De Castro y Serrano, según anunció en su momento. La capacidad descriptiva del autor emerge de forma relevante a la hora de pintar el entorno social del país desde la perspectiva básicamente costumbrista que cabía esperar. Las descripciones de nuestro autor se caracterizan por ser un decorado tremendamente pintoresco que describe con la espontaneidad y la frescura de aquel que lo hubiera contemplado realmente, y que en parte podría servir para la reconstrucción documental de El Cairo de la época.

¿Quién suministró al autor el material y la información desde Egipto para escribir su novela? No hay que descartar ninguna hipótesis. Esta, por ejemplo:

Debe ser citada *La Novela del Egipto* (Madrid, 1870), original libro formado con las cartas que aparecieron en *La Época* en 1869, enviadas, al parecer, por un anónimo corresponsal que escribió desde Egipto sus impresiones diarias en la solemne apertura del canal de Suez. El autor de las cartas, sin embargo, no había salido de Madrid, pues era el mismo Castro y Serrano, que las escribía sin moverse de su modesto despacho de la calle de la Libertad; pero tenía idéntico sabor que si hubieran sido redactadas en el campo de los sucesos.⁸

Ya sabemos, sin embargo, que desde los tiempos de Cervantes estuvo de moda que el escritor recurriese a la estratagema de afirmar que el autor del libro no era él mismo sino otro. Y este otro podía ser precisamente un musulmán, “un moro”, como se decía entonces. Esto era así porque, dada la proximidad de los países musulmanes y la convivencia de musulmanes y cristianos en España, una aventura literaria compartida con un moro se consideraba una peripecia interesante y sugestiva. Cervantes, en el *Quijote*, afirma que el autor de su libro no es él, sino el moro Cide Hamete Benengeli. ¿Quiere De Castro y Serrano imitar en esto a Cervantes?

Es bien sabido que José de Castro y Serrano nunca estuvo en Egipto, ni tampoco asistió a la ceremonia de inauguración del canal de Suez para poder describirla en su novela con tanta precisión y detalles; por lo tanto, debió tener algún contacto que sí hubiese estado presente en el acto. En resumidas cuentas, de la precisión con la que describe los detalles sin haber estado físicamente en el lugar de los hechos, deducimos que alguien le documentó sobre el asunto: ¿el gran orientalista don Pascual de Gayangos?; ¿el yerno de Gayangos, un tal don Juan Facundo Riaño y Montero?

En *La Ilustración Española y Americana* se lee lo siguiente:

En tal estado y por tal camino, llegó a mis manos su primera Carta sobre el canal de Suez; y confiésole, con no menos verdad que lisura, que me sorprendió muy de veras, por la soltura, gracia y facilidad con que venía escrita, y que me inspiró con tales prendas el más vivo anhelo por recibir las restantes prometidas.⁹

El duque de Rivas lo compara con un autor francés que escribió un libro donde contaba las supuestas y fantásticas aventuras de un viaje que había hecho alrededor de su cuarto, y nos da a entender que el autor de nuestro libro ha hecho un viaje con los ojos de la imaginación yendo a Egipto, pero nos hizo creer que viajó allí de verdad:

El conde Javier de Maestre, abandonándose a los vuelos de su caprichosa fantasía, hizo un largo viaje alrededor de su cuarto; nuestro ingenioso compañero, sin salir de su gabinete, se trasladó a Egipto, asistió a la inauguración del canal, fue presentado a Ismaíl-Bajá, comió con Lesseps, visitó el Cairo, se mezcló a la abigarrada multitud de las plazas y de los bazares, ascendió a la Gran Pirámide, y no hubo en la zona que recorrió piedra ni vestigio que escapase a los ojos del curioso viajero.¹⁰

Abelardo José de Carlos parece incrédulo ante la afirmación del autor de nuestro libro. Cuando pregunta sobre el tema a nuestro autor, De Castro y Serrano contesta sin afirmar ni negar: no responde a las preguntas de su interlocutor. Piensa, probablemente, que hay que dejar que sobreviva la duda:

Señor Castro y Serrano, tengo mucho gusto en conocer a usted, y le doy las gracias por la amabilidad con que ha venido. No quería irme de Madrid sin preguntar a usted cómo pudo escribir su viaje a Egipto sin haber estado. — Señor (le contestaré), hay cosas sobre las cuales no puede uno razonar lo propio que siente. Yo escribí ese viaje estudiando, meditando y trabajando: no puedo decir otra cosa a V.M., porque yo mismo no lo sé.¹¹

Posiblemente José de Castro y Serrano utilizó su simpatía personal y sus virtudes personales para que algunos hombres de letras, seguramente amigos suyos, elogiasen su novela. Cabe matizar que de novela no tiene nada, puesto que no es creación del espíritu de su autor. Se trata, sencillamente, de un libro de viajes y de una descripción de lo que en el siglo XIX se llamaba por antonomasia el viaje al Oriente. Pese a ello, el libro de José de Castro y Serrano tiene su interés e incluso es un acta informativa no despreciable de carácter retrospectivo, que puede informar bastante agradablemente sobre el Egipto de 1870. Fueron reproducidas en *La Época* las siguientes palabras de elogio a la figura de José de Castro y Serrano y su *Novela del Egipto*:

Las creaciones de la pluma de Castro y Serrano son bien conocidas para que sobre ellas fuera preciso emitir nuevos juicios. Su autor goza de autoridad indiscutible en la repú-

blica de las letras, y basta ver el nombre de Castro y Serrano sobre la portada de un libro para que surja el recuerdo de aquella maravillosa *Novela del Egipto*, publicada en las columnas de *La Época*; de aquellos cuadros de costumbres en que se trasluce un humorismo de exquisito gusto, y de otras tantas obras, escritas con un estilo lleno de encanto y pensadas con un verdadero derroche de ingenio.¹²

Se puede interpretar que tales cartas, si han existido, son de la autoría del propio José de Castro y Serrano. De todas maneras, se nos dice que estas cartas han sido escritas durante tres semanas y que otra lo ha sido exactamente al regreso de nuestro viajero a España. Así pues, estas cartas, en su conjunto, completan un total de un mes entero de viaje de nuestro autor por Egipto:

Cuatro cartas iban publicadas en *La Época*, y aún no habíamos recibido nosotros ninguna de Egipto. El diligente corresponsal que íbamos a tener allí pertenecía al número de los invitados; y como estos invirtieron en su viaje a Barcelona, Alejandría y Puerto Said más de tres semanas, que con otra indispensable para la vuelta del primer buque sumaban un mes largo, era forzoso durante ese tiempo entretener a toda costa la ilusión del público. Un ojo experimentado hubiera podido descubrir en aquellas cartas la ausencia de ciertos lances característicos de estas expediciones; pero si faltaba frescura en la relación, suplíase sobradamente con abundancia de noticias curiosas, que cuando de tierras lejanas se trata son siempre agradables para los lectores. Digámoslo con claridad: en aquellas cartas todo había sucedido o iba a suceder; pero ninguna de las cosas estaba sucediendo.¹³

Posteriormente, nos encontramos con lo que nos dice el mismo comentarista: que casi todas estas cartas habían sido enviadas en un perfecto desorden, que habían sido escritas de una manera rápida y que presentaban una gran desorganización en su contexto general. Esto le parece al comentarista una garantía de autenticidad de las primeras cuatro cartas en cuestión. Después, llega una quinta carta ya mucho más ordenada, mucho mejor organizada y en la que da la impresión de que su autor da por terminado su viaje por extrañas tierras y se prepara a volver a su país de origen:

Llegó, por fin, la primera correspondencia, o mejor dicho, la primera colección de apuntes. Habíamos concertado con la persona encargada de remitirnos sus informes que prescindiendo de toda literatura, cálamos ocurrente y según fuera testigo de asuntos o sucesos interesantes, los consignase en papeles sueltos y nos los dirigiese descuadrados por la vía más rápida; pues de su ordenación y oportuno uso cuidaríamos nosotros. Hízolo así, y ya desde la quinta carta pudo adornarse nuestro escrito con datos de actualidad como los de cualesquiera otros asistentes al gran acontecimiento. No cabía duda de que *La Época* estaba en Egipto.¹⁴

Riaño, profesor, erudito, sabio y activo intelectual, de manera casi clandestina había estado en Egipto en la época de la apertura del canal de Suez, en compañía de José de Castro. Según alguna hipótesis, es Riaño, poco aficionado a la literatura, quien en sus largas noches en vela escribió las cartas de las que hablamos y las envió por correo, con diligencia, a José de Castro y Serrano, quien a su vez decidió publicar su contenido, dando así forma al libro *La novela del Egipto* para hacernos creer, de manera ingeniosa y sin atribuirse la autoría, que era él mismo el verdadero autor. De cualquier forma, todo esto solo es una hipótesis más. Todo ello no deja de ser, en definitiva,

nada más que una maniobra muy inteligente para crear un ambiente de misterio en torno a este libro cuyas publicidad y venta quedarían así aseguradas.

En *La Época* se lee:

Ni ¿cómo había de parecer? Un amigo nuestro de la infancia, a quien por sus dotes de orientalista y de profesor en bellas artes se había escogido para estudiar los asuntos arqueológicos, D. Juan Facundo Riaño, a quien ya había abierto sus puertas la Academia de la Historia como después se las abrió la de San Fernando, pero que entonces solo figuraba entre las gentes de estudio, era el misterioso traidor de sus compañeros de viaje. Tomándose horas de la noche y de la madrugada, con actividad pasmosa y cordura exquisita, iba consignando en su libro de memorias los sucesos o impresiones más notables, y a la salida del primer correo desgajaba las hojas, introduciéndolas en un sobre, y nos las mandaba a Madrid; era, pues, de los que menos escribían, de los que siempre se hallaban en todas partes, y el único quizá a quien no podía atribuirse el desempeño de una tan eficaz y misteriosa correspondencia.¹⁵

El envío de sus escritos hasta Madrid reviste un carácter misterioso y novelesco. En *La Ilustración Española y Americana* se lee:

En esta ciudad improvisada iba a celebrarse banquete oficial y después un baile de corte. Llegabas, por consiguiente, a ella con prisa de vestirse y con deseo de abandonar los buques; así es que pocos o ninguno hicieron caso a un pregón, repetido en varias lenguas, con la noticia de que el correo de Europa iba a salir dos horas después con dirección al Cairo. El que más, puso cuatro letras a su familia participándole su saludo o algunos sencillos pormenores; pero nuestro Riaño empaquetó perfectamente sus hojas, llamó a un etíope que pescaba alrededor del Faiyum sobre sutil esquite, y entregándole un Luis de oro con la carta, le dijo en árabe que si le traía el documento de haberla certificado en la ciudad, le entregaría en el acto otros cuatro duros. El egipcio, que se hubiera creído feliz con un *bachis* o propina de dos pesetas, abrió los ojos descomunamente, saltó en su barca, abofeteó a los *fellahs* que dormían sobre los remos y partió como un rayo con rumbo a Ismailia. Dos horas después se presentaba con el recibo del certificado, prueba irrecusable de que llegó a tiempo y de que se ganó como un hombre su media onza.¹⁶

En alguna ocasión el autor hace referencia a alguien que le informaba desde Egipto. Uno de los invitados españoles a la ceremonia de la apertura del canal de Suez era monseñor Baüer, a quien el jedive de Egipto le había concedido un barco para viajar al alto Egipto con el fin de llegar a la segunda catarata y marcharse luego al monte Sinaí. Después de asistir al matrimonio de De Lesseps el 25 de noviembre de 1869, emprendió su viaje a Roma para pasar las fiestas de Navidad.

Sin embargo, aparte de algunas opiniones acerca del partícipe de la información, no sabemos nada sobre la identidad de este personaje esencial en la obra del autor. El propio De Castro y Serrano, en un artículo publicado en *La Época*, cuenta algo acerca de las misteriosas cartas que supuestamente le llegaban desde Egipto mediante un corresponsal español destinado allí para cubrir el gran acontecimiento de la apertura del canal de Suez, qué es lo que hacía cuando tardaba el supuesto misterioso corresponsal de *La Época* en enviarles su habitual información desde el lugar de los acontecimientos y cómo se afanaban todos, especialmente doña Emilia de Gayangos, en conseguir material cuando les faltaban noticias. Hay un testigo fidedigno de que las cartas existen, de que las cartas salieron de donde debían salir, y de que las cartas, indudablemente, llega-

rían a donde debían llegar. En *La Época* se lee: “A una señal usual del director, Pedro tomó la carta y se la llevó al regente. Los redactores desde ese día no pudieron menos de asegurar que las cartas, fuesen de quien fuesen, ellos, con sus mismos ojos, las habían visto venir del extranjero. No podían; pues, escribirse en Madrid”.¹⁷

Hay quien supone que las cartas están escritas con toda la perfección posible, y, en ese caso, habrían sido redactadas tranquilamente en Madrid. Si las cartas hubiesen sido escritas correctamente en Madrid, el autor de *La novela del Egipto* habría podido escribir su novela, toda entera, desde la capital española, después de su viaje a Egipto, y gozando (como gozaba) de una excelente memoria.

Primero: que las correspondencias de Egipto que publicaba *La Época* no podían escribirse en viaje. Había en ellas tales datos y compulsas, tales documentos históricos y tales citas de biblioteca, que el llevarlas en el entendimiento era difícil, pero que fijarlas en el papel sobre la mesa de una fonda, en la cámara de un buque o después de una penosa excursión, era absolutamente imposible.

Segundo: no escribiéndose las cartas en viaje, era absurdo que procediesen de Egipto, y entonces cabía presumir que, confeccionadas en el extranjero, como sospechaban algunos, fueran traducidas al español por persona competente y prevenida de antemano. Esta hipótesis se desvanecía ante el estilo de la correspondencia, el carácter de su fondo y lo nacional de su forma; por cuya razón descartándola también, en la duda de que el primitivo autor nos regalase a los españoles lo que él podía utilizar con más honra en su patria, solo quedaba un fundamento lógico: que las cartas se escribían en Madrid.

Tercero: escribiéndose las cartas en Madrid, estaba reservada a pocos la facilidad de verificarlo. Formó una lista de los nombres probables; descartó de ella, a este porque se hallaba ausente, al otro porque estaba enfermo, a aquel porque no entendía del asunto; y de deducción en deducción vino a adquirir una certidumbre que le permitió presentarse una noche en el Casino del Príncipe, diciendo: “—Señores: el autor de las cartas de Egipto que publica *La Época* es Fulano de Tal”.

Fulano de Tal lo supo en seguida, y temeroso de que aquel autorizado fallo recibiese la sanción pública, hizo encontrarse con Correa, lo metió en un portal de la Carrera de San Jerónimo y le dijo: “—Sé que cundes esto por Madrid, y la cosa o es verdad o es mentira: si es verdad, ¿qué gusto tienes en destriparla? Y si es mentira, ¿cuál no ha de ser tu vergüenza cuando se descubra que te han engañado?” Correa nos examinó con aquella mirada penetrante que usa en momentos solemnes, y llevándose a la boca los dedos índice y pulgar de la mano izquierda se apretó los labios murmurando: “—¡Como un muerto!”. Desde entonces comenzó a desdeñarse de lo que aseguraba, reconociendo absurda su sospecha e imposible, de notoria imposibilidad, que las cartas se escribiesen lejos de Egipto.¹⁸

Se puede suponer que mientras que el autor está observando, está también recibiendo influencias nuevas para él y está describiendo todo ello. Está, en efecto, al mismo tiempo, evocando y recordando a su patria, de la que está ausente, y a su familia y amigos, a quienes desea ver. Y estando así, de pronto, toma conciencia de su actividad informativa para comunicar precisamente la lejanía de su patria, contrastada con la proximidad de lo que allí ve. En su redacción no se menciona a nada ni a nadie que en su lejana patria le pueda especialmente interesar. Lo que desea este autor, y así lo confiesa, es ganar la fama y la gloria que pueda otorgársele al escribir este libro, verdadera novela cuyo único personaje central es la nación egipcia.

En *La Ilustración Española y Americana* se refiere a lo siguiente:

Y digo para admiración del público, no porque me deje ahora llevar en la corriente de menguada lisonja, vicio que jamás pudo vencerme, suponiendo que las Cartas impresas en *La Época* eran “una décima maravilla;” sino porque dado su indisputable mérito, subían los quilates de este, considerando que el autor había viajado a pie quieto, con más provecho y placer de los lectores que otros muchos viajeros antiguos y modernos, salvo siempre la respetabilidad, el ingenio y la ciencia de los que a la sazón recorrían el Egipto, en nombre de España.¹⁹

Y en *El Imparcial*:

La vida literaria de Castro y Serrano brilla por dos conceptos distintos: el ingenio y la caridad. *La Novela del Egipto* es maravillosa adivinación de lo que no se ha visto, modelo de crónicas literarias de un acontecimiento que llenó de alegría al mundo culto. Lesseps había conseguido la obra tenida por imposible. El canal de Suez abierto, había llegado el momento de gloria para Napoleón III. Acudían a Suez los escritores más ilustres del mundo para rivalizar en el relato de aquellas fiestas de que iba a ser reina nuestra compatriota la gentil condesa de Teba, emperatriz de los franceses. Castro y Serrano, sin moverse de su modesto despacho de la calle de la Libertad, escribía en *La Época* la narración diaria de aquel acontecimiento internacional.²⁰

¿Qué se propone el autor de *La novela del Egipto*? Como todos los escritores y artistas, lo que pretende es conseguir la fama perdurable. En el año 1896 José de Castro y Serrano vivía aún. Y se da cuenta de que su libro, que él había imaginado de duración eterna, estaba casi completamente olvidado, lo que choca contra su inevitable (y hasta cierto punto justificable) vanidad de escritor. Es entonces cuando tiene la idea de afirmar que a finales del siglo todavía su libro se recuerda y sigue siendo actual, de la misma manera que sigue siendo actual y quizá llegue a ser tan perdurable como él el canal de Suez, que es la justificación principal de su libro y el argumento de fondo de su labor periodística.

En *El Imparcial* se lee:

Unos cuantos apuntes enviados por discreto amigo desde Suez eran el punto de partida: lo demás era obra del ingenio adivinador, del supremo arte de componer, de la erudición oportuna del maestro. El asombro fue general. Nadie sabía quién era aquel escritor invisible. Se le buscaba en Suez por los barcos anclados en el recién nacido canal y en los hoteles improvisados en la ciudad nueva.²¹

José de Castro y Serrano nos hace creer que la emperatriz Eugenia ha perdido su corona, al perder también la suya su marido Napoleón III en la guerra franco-prusiana de 1871, de la que se ocupa *La novela del Egipto*, en la que se lamenta de que no se recuerde y se admire el dato en esta novela como debería hacerse. El autor de esta maniobra publicitaria, es decir, José de Castro y Serrano, no se olvida de dar a su historia de príncipes en desgracia el tono conveniente de sentimentalismo y de tristeza atribuidos a la pobre exemperatriz, para que así la melancolía que debe producir el olvido de su novela vaya unida a la grandiosa y sublime tristeza de la exiliada, que fue una protagonista eminente de la novela y del acontecimiento de la inauguración del canal de Suez, caído todo ello después en el olvido. A este respecto, en *El Imparcial* se señala:

La emperatriz Eugenia, lectora constante de *La Época*, lo mismo entre los esplendores de Fontainebleau que en las tristezas de Chisleurst, anhelaba conocer al más ingenioso narrador de aquellos días memorables que eran el emblema de su felicidad de mujer y de su triunfo de soberana... El secreto fue inquebrantable. Ya se habían traducido al inglés y al francés las cartas de Castro y Serrano y aún se seguía ignorando quién había escrito las últimas páginas, reunidas después bajo el título de *La Novela del Egipto*, título adivinator del porvenir, porque aquello fue una brillante y efímera novela del orgullo napoleónico, que, como el fundador de la dinastía imperial, vino a rendirse ante las prosaicas realidades de los accionistas ingleses del canal.²²

Emilia de Gayangos se afanaba en conseguir material cuando faltaban noticias al misterioso informador; así pues, Castro y Serrano nos cuenta:

A todo esto principiaban a faltarnos materiales para proseguir la obra. Nuestro corresponsal de allá hacía largas excursiones al interior, que al alejar el correo dificultaban su enlace con los buques que habían de conducirlo. Pasáronse una vez dos expediciones sin carta alguna, y nuestro conflicto llegó a ser tal, que necesitamos pedir limosna de noticias para abrigar el espíritu, como otros la piden para abrigar el cuerpo. Una dama de singulares prendas, la esposa de nuestro amigo de Egipto, que naturalmente hubo de ser partícipe de nuestro secreto y cómplice en su ejecución, fue la encargada de mendigar lo que nosotros no podíamos pedir. Si contraviniedo su modestia vamos a consignar aquí su nombre, es porque ya le dedicamos el libro, y no es nuevo su conocimiento para la generalidad de las gentes, Llámase, pues, Emilia Gayangos de Riaño, que de tan sencilla manera es conocida en Madrid, a pesar de las muchas excelencias públicas y privadas que posee: adórnala una ilustración poco común, un gusto artístico y literario de primera clase, exquisita cortesanía, sencillez de trato; y vive rodeada de amigos que la admiran, de libros que la instruyen y de objetos artísticos que la recrean. Es, en fin —¿quién desconoce sus apellidos dentro y fuera de España?— hija de buen padre, mujer de buen marido y madre de buen hijo. Esta señora fue de casa en casa, por las de los compañeros de su esposo en Egipto, para ver si en alguna habían recibido noticias que supliesen las que a ella directamente le faltaban; y en efecto, en la del ingeniero Saavedra halló lo que con tan generosa solicitud iba buscando. Don Eduardo Saavedra, ingeniero, arquitecto, filólogo y humanista, individuo de varias academias y por muchos títulos acreedor a la fama que goza, había ido en nombre del Gobierno para estudiar la instrucción y las obras públicas de Egipto; por lo cual y habiéndosele invitado a asistir a una revista de las escuelas del Cairo, seguida de un banquete que celebraba el Ministro de Instrucción y Obras Públicas del jedive, no pudo seguir a sus compañeros, aunque sí presenciar escenas curiosísimas y relatarlas minuciosamente a su esposa. Esta se recreó en leer a nuestra amiga la extraña carta de su marido, y nuestra amiga, toda atención para escuchar y toda malicia para retener, fotografió en su numen los conceptos de Saavedra, que poco después nos transmitía con exactitud admirable. Forjose de este modo nueva y sabrosa correspondencia; publicose cuando nadie publicaba otra de aquel correo, y por segunda vez llamábamos la atención de los lectores con datos arrancados a la casualidad, o por mejor decir ahora, con datos sustraídos a la buena fe de la digna consorte de nuestro querido amigo D. Eduardo Saavedra. Perdónenos la inocente traición tan bondadosa señora; pero justo es que lleguen a su conocimiento los dos servicios que nos prestó: suministrar noticias para la carta, y corroborar al día siguiente nuestros informes con el testimonio irrecusable de su marido.²³

La novela del Egipto es una obra “ficticia y real” al mismo tiempo, debido a que su autor supo concebirla como un producto discretamente fantaseado; incluso en ciertos momentos diríase que nos invade la sensación de que esta novela ha sido el fruto de un

verdadero viaje arqueológico. Pero ¿es probable también que José de Castro y Serrano, autor de *La novela del Egipto*, fuese quien quiso ocultar a propósito el nombre del misterioso informador de las cartas? En realidad, la aparición de estas en *La Época* logró llamar la atención de muchos lectores y surgió una enorme curiosidad por saber quiénes las enviaban desde Egipto.²⁴ José Amador de los Ríos, uno de los críticos más prestigiosos de su tiempo, cada vez que leía una nueva carta se preguntaba:

¿Quién era el autor de aquella suerte de crónica, que tan alta y cabal idea nos traía, no solamente de la prodigiosa obra de Lesseps, sino también de las antigüedades de Egipto, no olvidada su vida actual, ni desdeñadas sus pintorescas costumbres? ¿Por qué, yendo para dar cabo a la empresa que había acometido, tan abastecido y pertrechado de todo género de datos y noticias históricas, artísticas y literarias, mostraba tanto escrúpulo y recelo en recoger desde luego el merecido premio de su erudición y de su talento?²⁵

¿Conclusión? La identidad del misterioso informador la desvela José de Castro y Serrano en su dedicatoria de *La novela del Egipto* a doña Emilia de Gayangos de Riaño:

A la discreta cómplice de estas Jornadas; a la que con especial solicitud transcribía y ampliaba las notas que desde Egipto le remitía su ilustrado esposo; a la que con singular cordura verificaba citas y compulsaba datos en la riquísima biblioteca de su sabio padre; a la que supo guardar por tres meses un secreto, a pesar de ser mujer, dedico este libro.

Bibliografía

- CASTRO Y SERRANO, José de, *La novela del Egipto. Viaje imaginario a la apertura del canal de Suez*, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1870.
- LASHERAS PEÑA, Ana Belén, *España en París. La imagen nacional en las exposiciones universales, 1855-1900*, Santander, Universidad de Cantabria, 2009.
- ORTEGA, José y MORAL, Celia del, *Diccionario de Escritores Granadinos (Siglos VIII-XX)*, Granada, Universidad de Granada, 1991.

NOTAS

1. Lasheras Peña, Ana Belén, *España en París. La imagen nacional en las exposiciones universales, 1855-1900*, Santander, Universidad de Cantabria, 2009, p. 1149.
2. *La Ilustración Española y Americana*, 8 de febrero de 1896, pp. 77 y 78.
3. *Ibidem*, p. 77.
4. *El Imparcial*, 2 de febrero de 1896, p. 323.
5. *Ibidem*.
6. *Ibidem*.
7. *Ibidem*, p. 80.
8. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana, Etimologías*, tomo XII, Madrid, Espasa-Calpe, 1911, p. 399.
9. *La Ilustración Española y Americana*, 8 de enero de 1871, p. 107.
10. *La Ilustración Española y Americana*, 8 de diciembre de 1889, p. 342.
11. *La Ilustración Española y Americana*, 8 de julio de 1889, p. 182.
12. *La Época*, 24 de octubre de 1887, p. 661.
13. *La Época*, 21 de enero de 1887.
14. *Ibidem*.
15. *Ibidem*, p. 392.

-
16. *La Ilustración Española y Americana*, primer semestre de 1887, p. 38.
 17. *La Época*, 21 de enero de 1887, p. 392.
 18. *La Ilustración Española y Americana*, primer semestre de 1888, p. 54.
 19. *La Ilustración Española y Americana*, 28 de enero de 1871, p. 107.
 20. *El Imparcial*, 2 de febrero de 1896.
 21. *Ibídem*.
 22. *Ibídem*.
 23. *La Época*, 7 de febrero de 1887.
 24. Amador de los Ríos, dos años más tarde, nos cuenta, dirigiéndose a su amigo José de Castro y Serrano: “Cuando usted, valiéndose del ardid del anónimo y haciendo imaginario oficio de viajero, comenzó a dar a luz sus tan celebradas cartas, hallábame, amigo mío, postrado en cama por uno de los más terribles ataques de reuma o gota, pues no andan acordes los Galenos, de que he sido víctima en los últimos años. Divertía un tanto, en aquella triste situación mía, tan acerbos dolores con todo linaje de lectura, incluso la de los diarios políticos, a que nunca fui grandemente dado; y tenía entre ellos muy singular preferencia *La Época*, no ya solo por la cordura, circunspección y templanza de que hace habitual muestra, mas también por las muy discretas correspondencias del extranjero que de continuo la enriquecen. [...] No faltaron estas a los plazos convenientes, como no decayó el interés excitado en mí desde la aparición de aquella, encendiendo, al contrario, cada vez más el deseo de penetrar el misterio que parecía envolver el nombre del autor, tan cuidadosamente celado”. *La Ilustración Española y Americana*, febrero de 1871, p. 107.
 25. *Ibídem*.